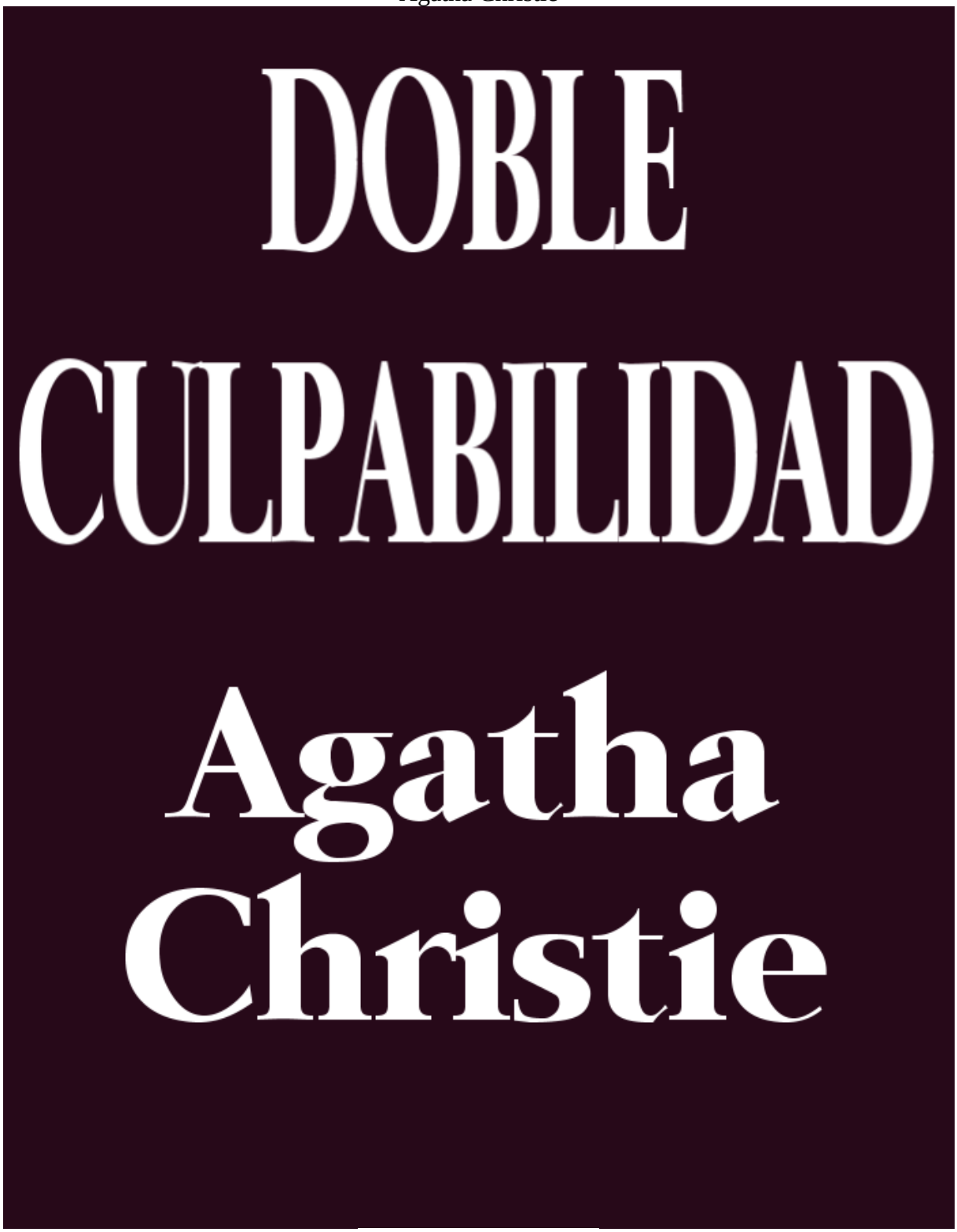
LIBROdot.com



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Aquel día hallé a mi amigo en sus habitaciones, sobrecargado de trabajo. Su celebridad era la causa de que toda mujer rica que hubiera extraviado un brazalete o su perro favorito recurriera a los servicios del gran Hércules Poirot. Mi pequeño amigo era una extraña mezcla de hombre de negocios y romántico idealista. Lo segundo lo llevaba a la aceptación de muchos casos sin apenas interés profesional. Otras veces eran trabajos sin compensación económica, pero de indudable interés. Poirot, con cara de circunstancias, admitía como cierto ese modo de obrar suyo.

Afortunadamente mi visita no fue infructuosa, pues logré persuadirle que me acompañase a pasar unas cortas vacaciones en un renombrado lugar de la costa sur: Ebermouth.

Después de cuatro agradables días, Poirot vino a mi encuentro con una carta abierta en una de sus manos.

-Mon ami, ¿recuerda a mi amigo Joseph Aarons, el agente de teatro?

Asentí, después de meditar un momento. Los amigos de Poirot son tantos y tan diversos, que se les halla en todas las esferas sociales.

-Pues bien, Hastings, Joseph Aarons se encuentra en Charlock Bay. Según parece se halla preocupado debido a un pequeño asunto. Me ruega que vaya a verlo. Mon ami, debo acudir a su llamada. Es un amigo fiel que ha hecho mucho en mi ayuda.

-Conforme, si usted lo quiere -repuse-. Charlock Bay es un lugar estupendo, y, además, nunca estuve allí.

-Magnífico. Así compaginaremos el negocio y el placer -dijo Poirot- ¿Se informará del horario de trenes?

-Temo que debamos hacer uno o dos trasbordos -mi sonrisa no pasó de una mueca-. Ya sabe lo que sucede con estas líneas del interior. Ir de la costa sur de Devon a la del norte, representa un día de viaje.

No obstante, el viaje podía realizarse con sólo un trasbordo en Exeter, y los trenes eran buenos. Regresaba de la estación para informar a Poirot, cuando vi un letrero en las oficinas de los coches Speedy; decía:

Todos los días excursiones a Charlock Bay. Primera salida a las 8,30. Viaje a través del más bello panorama de Devon.

Solicité algunos detalles y corrí al hotel, entusiasmado. Sin embargo, Poirot se resistió a compartir mi estado de ánimo.

-Amigo mío, ¿por qué esa pasión por el autocar? El tren es más seguro. Carece de neumáticos que se revienten, lo cual reduce las posibilidades de accidente. Además, en el tren no molesta el aire, pues con cerrar las ventanillas se evitan las corrientes.

Entonces argüí que el aire fresco era lo que, precisamente, me hacía desear el viaje en autocar.

-¿Y si llueve? Vuestro clima inglés es muy inseguro.

-Si llueve torrencialmente, la excursión no se realiza.

-¡Ah! -dijo Poirot-. En ese caso roguemos que llueva.

-Bueno, si usted prefiere...

-No, no, mon ami -me interrumpió-. Ha puesto su corazón en el viaje. Por fortuna dispongo de un grueso abrigo y dos bufandas -suspiró-. ¿Pararemos suficiente tiempo en Charlock Bay?

-Pasaremos la noche allí. El viaje comprende una excursión por Dartmoor, comida en Monkhampton y llegada a Charlock Bay a eso de las cuatro. El coche inicia el regreso a las cinco.

-¡Vaya! -exclamó Poirot-. ¿Y hay gente que hace eso por placer? Supongo que lograremos una reducción de tarifa, puesto que no haremos el viaje de vuelta.

-Me temo que no podrá ser.

-Insista.

-Vamos, Poirot. No sea mezquino.

-Amigo mío, no soy mezquino. El negocio es negocio. Si fuera millonario nunca pagaría más de lo justo.

Como yo había previsto, el deseo de Poirot no pasó de un intento. El empleado que despachaba los billetes en la oficina Speedy resultó ser inconmovible. Según nos dijo, era obligatorio el retorno. Es más, incluso nos insinuó que tendríamos que pagar un recargo por el privilegio de abandonar el coche en Charlock Bay. Derrotado, Poirot abonó el importe del viaje completo y salimos de la oficina.

-Los ingleses carecen del sentido de la economía -gruñó-. ¿Observó al joven que pagó la tarifa y el recargo porque piensa quedarse en Monkhampton?

-Pues no... en realidad...

-Ya -me interrumpió-. Miraba a la guapa señorita que reservó el asiento número cuatro, junto a los nuestros. Sí, amigo mío; le vi. Y estuve a punto de elegir los asientos trece y catorce, situados en el centro, que es el sitio más resguardado. Pero se adelantó en pedir el tres y el cuatro.

-Hombre, verá, yo...

-¡Pelo rojizo! ¡Siempre pelo rojizo!

-Está bien, Poirot; pero no me negará que es de mejor gusto mirar a una señorita que a un joven estrambótico.

-Eso depende del punto de vista. Para mí, el joven estrambótico resulta interesante.

Algo muy significativo en el tono de Poirot hizo que lo mirase perplejo.

-¿Por qué? ¿Qué quiere decir?

-Oh, no se excite. Nuestro mozo se empeña en lucir un poblado bigote que, no obstante, aparece escuálido -Poirot se mesó su magnífico bigote-. Su crecimiento y conservación requieren instinto de artista. En realidad, me apenan quienes lo intentan y no lo consiguen.

Siempre es difícil saber cuando habla en serio o, simplemente, se divierte a costa de uno.

Tuvimos un amanecer brillante y soleado. ¡Un día espléndido! Sin embargo, Poirot no quiso arriesgarse y se puso un chaleco de lana, un grueso abrigo y dos bufandas, pese a llevar su mejor traje de invierno. Tampoco se olvidó del impermeable, ni de ingerir dos tabletas antigripales.

Ya en el vehículo, el conductor se hizo cargo del maletín de la linda pelirroja, el del joven que despertara la simpatía de Poirot con su bigote y los nuestros.

Poirot, no sin cierta malicia, me señaló el asiento exterior, puesto que «me gustaba el aire fresco», y él se acomodó en el inmediato a nuestra vecina. Luego arregló la cosa. El viajero del asiento seis era un tipo bullicioso, amigo de contar chistes, y Poirot preguntó a la joven si prefería cambiar de sitio con él. Ella, agradecida, estuvo conforme, y, muy pronto, la conversación se generalizó entre nosotros tres.

Era evidente su juventud, pues no pasaría de los diecinueve años, y su ingenuidad podía compararse a la de un niño. No tardó en confiarnos el motivo de su desplazamiento; un viaje de negocios por cuenta de su tía, que regentaba una tienda de antigüedades en Ebermouth.

La tía, cuya situación económica era muy precaria a la muerte de su padre, invirtió sus ahorros y las bellas antigüedades que atesoraba en su hogar en establecer un negocio. El éxito le sonrió y, muy pronto, su nombre gozó de merecida reputación comercial.

Mary Durrant se fue a vivir con su tía y aprendió la técnica de esta clase de negocios, que prefirió al empleo de institutriz o dama de compañía.

Poirot asentía interesado.

-Mademoiselle tendrá éxito -dijo galante-. Pero le aconsejo que no se confíe. En todas partes del mundo hay bribones, e, incluso, puede encontrarlos en este mismísimo autocar. ¡Siempre hay que estar en guardia!

La joven le miró boquiabierta, y él asintió con aire de experimentado.

-Sí, como le digo. Incluso yo, que hablo con usted, puedo ser un maleante de la peor ralea.

Nos detuvimos a comer en Monkhampton, y, después de unas cuantas palabras con el camarero, Poirot consiguió una mesita para los tres, junto a una ventana. Fuera, en un amplio patio, había unos veinte autocares aparcados venidos de todo el condado. El comedor del hotel se hallaba rebosante de público y el ruido era considerable,

-Con esto hay suficiente para impregnarse del espíritu de las fiestas -comenté, por decir algo.

Mary estuvo de acuerdo.

-Ebermouth, ahora, cambia su fisonomía durante el verano. Mi tía dice que antes era distinto. Ciertamente, en la actualidad se hace difícil desenvolverse en sus calles, debido a la multitud.

-Eso es bueno para el negocio, mademoiselle.

-No para el nuestro. Sólo vendemos antigüedades muy valiosas, no aptas para excursiones de fin de semana. Tenemos clientes en toda Inglaterra. Si uno desea adquirir determinado tipo de silla o mesa antigua, o una pieza de porcelana, nos escribe, y más pronto o más tarde le complacemos.

Nuestro indudable interés la animó a proseguir. Y así supimos que cierto caballero norteamericano llamado J. Baker Wood, coleccionista de miniaturas, había visto un juego de ellas muy valioso en una revista. La señorita Elizabeth Penn, tía de Mary, logró adquirirlas y escribir al señor Wood, comunicándole el precio. El norteamericano contestó en seguida que estaba dispuesto a comprar si eran las mismas. También rogaba que se las llevasen a Charlock Bay. Por eso la joven pelirroja viajaba en esta ocasión como representante de su tía.

-Son admirables -acabó ella-. Sin embargo, me cuesta imaginar a alguien dispuesto a pagar por ellas quinientas libras. Eso sí, llevan la firma de Cosway. Claro que yo apenas sé quién es ese Cosway.

Poirot se sonrió.

-Eso se llama falta de experiencia, mademoiselle.

-Confieso que no estoy muy ducha en cosas de arte. En realidad, carezco de la formación adecuada. Aún me queda mucho que aprender.

De pronto sus ojos se agrandaron como sorprendidos. Se hallaba de cara a la ventana, y en aquel momento miraba al patio. Dijo algo ininteligible, se levantó de su asiento y se fue precipitadamente. Regresó a los pocos momentos, sin aliento y excusándose.

-Siento haberme ido de esa forma. Vi a un hombre que salía del autobús con un maletín y me pareció el mío. Ha resultado que era el suyo; por cierto, es idéntico al que traigo yo. Bueno, hice el ridículo, y él ha reaccionado como si se le acusara de robo.

Mary se rió. Pero no Poirot.

-¿Cómo es el hombre, mademoiselle? Descríbamelo.

-Viste traje castaño y es un joven que luce un bigote muy ralo.

-¡Ajá! -exclamó Poirot-. Se trata de nuestro conocido de ayer, Hastings. ¿Sabe usted quién es, mademoiselle? ¿No lo ha visto antes?

-No, nunca; ¿por qué?

-Por nada. Sólo que resulta bastante curioso.

Poirot se sumió en uno de sus peculiares silencios y ya no intervino en la conversación hasta que oyó a Mary Durrant algo que captó su atención.

-¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho, mademoiselle?

-Que en mi viaje de regreso deberé tener cuidado con los maleantes. Según tengo entendido, el señor Wood acostumbra a pagar al contado, y si llevo encima quinientas libras en billetes, puedo merecer la atención de algún indeseable.

De nuevo su risa no fue coreada por Poirot. En vez de ello le preguntó en qué hotel pensaba hospedarse en Charlock Bay.

-En el Hotel Anchor. Es pequeño y no muy caro; pero aceptable.

-¡Caramba! -exclamó Poirot-. Mi amigo, el señor Hastings, también ha elegido ese hotel. ¡Qué coincidencia!

Entonces se volvió hacia mí y me guiñó un ojo.

-Sólo esta noche. Hemos de resolver un asunto allí. ¿Adivina usted, mademoiselle, cuál es mi profesión?

Mary pareció sopesar algunas posibilidades. Al fin se aventuró a decir que, posiblemente, era prestidigitador. Esto divirtió mucho a Poirot.

-Es una excelente ocurrencia -dijo mi amigo-. ¿Así, usted me cree capaz de sacar conejos de un sombrero? No, mademoiselle. Soy todo lo contrario. Un prestidigitador hace que desaparezcan las cosas. Yo en cambio, hago que aparezcan -con aire de melodrama se inclinó hacia adelante para dar más efectividad a sus palabras-. ¡Es un secreto, mademoiselle! ¡Soy detective!

Luego se recostó sobre el respaldo de su silla complacido del efecto logrado. Mary lo miró, perpleja y sorprendida. Y allí murió la conversación, pues empezaron a oírse las bocinas de los monstruos de la carretera, dispuestos a reanudar la marcha.

Mientras Poirot y yo salíamos juntos, aludí al encanto de la señorita Durrant, y él estuvo de acuerdo.

-Sí, es encantadora. Pero, ¿no le parece algo tonta?

-¿Tonta?

-No se disguste. Una muchacha puede ser bella, tener el pelo rojizo y, no obstante, ser tonta. Es el colmo de la tontería confiarse a dos desconocidos.

-Quizá le parecemos respetables caballeros.

-No sea ingenuo, Hastings. Cualquiera que conozca su trabajo... Bien, de todos modos su aspecto es conforme. Claro que es infantil hablar de precauciones al regreso, porque llevará encima quinientas libras, cuando ahora también las lleva.

-¿Se refiere a las miniaturas?

-Exacto. Y le supongo de acuerdo conmigo en que no hay diferencia apreciable entre quinientas libras en moneda o en miniaturas, mon ami.

-Pero nadie lo sabe, excepto nosotros.

-Y el camarero, y la gente de las mesas vecinas, y, sin duda alguna, otras personas de Ebermouth. Desde luego es encantadora mademoiselle Durrant, pero si yo fuera la señorita Elizabeth Penn, le daría lecciones de sentido común -luego, tras leve cambio en el tono de su voz, dijo-: Amigo mío, es la cosa más fácil del mundo llevarse un maletín guardado en un autocar mientras sus ocupantes comen en un hotel.

-Poirot, no sea desconfiado. Seguro que alguien vigila los vehículos aparcados.

-¿Y qué vería ese alguien? Que un pasajero recoge su equipaje. La cosa se haría del modo más natural, sin levantar sospechas.

-¿Qué insinúa, Poirot? ¿Acaso el sujeto del traje castaño no cogió su propio maletín?

Poirot frunció el ceño.

-Eso parece. Aun así, no deja de ser curioso, Hastings. ¿Por qué no se llevó su maletín antes, a la llegada? Si se ha fijado, tampoco ha comido aquí.

-Desde luego, si la señorita Durrant no hubiera estado frente a la ventana, no se entera.

-Y puesto que era su propio maletín, eso carece de importancia-dijo Poirot-. Bien, mon ami, desterremos ese asunto de nuestros pensamientos.

Cuando estuvimos nuevamente acomodados en nuestros asientos y el coche en marcha, dimos a Mary otra conferencia sobre los peligros de la indiscreción. Ella nos escuchó con evidente humildad, si bien su aspecto, jocoso, era de quien oye un chiste.

Llegamos a Charlock Bay a las cuatro, y, por fortuna, logramos habitaciones en el hotel Anchor, un vetusto edificio en una calle de segundo orden.

Poirot acababa de sacar de su equipaje unas cuantas cosas necesarias y se aplicaba un cosmético a su bigote, cuando oímos unos golpes en la puerta.

-Adelante -invité.

Sorprendido, vi que era Mary Durrant, con el rostro blanco y gruesas lágrimas en los ojos.

-¿Qué sucede, mademoiselle? -preguntó Poirot.

-Las miniaturas se hallaban en una caja de piel de cocodrilo, cerrada con llave, dentro de mi maletín -explicó-. ¡Miren!

Nos mostró un estuche recubierto de piel de cocodrilo, cuya tapa colgaba a un lado. Poirot se la cogió de las manos. La caja había sido forzada. Las señales eran evidentes.

Mi amigo Poirot la examinó y luego asintió con un movimiento de cabeza.

-¿Y las miniaturas? -preguntó, si bien ambos sabíamos la respuesta.

-¡Me las han robado!

-No se preocupe-la tranquilicé-. Mi amigo es Hércules Poirot. ¿No ha oído hablar de él? Seguro que sí. Bien, pues él las recuperará.

-¡Monsieur Poirot! ¡El gran monsieur Poirot!

Mi amigo era lo suficiente vanidoso para sentirse halagado ante esa exclamación.

-Sí, hijita. Yo soy el gran Poirot. Confíe su pequeño problema a mis facultades. Haré cuanto pueda. No obstante, le diré que, posiblemente, sea un poco tarde. Dígame, ¿forzaron también la cerradura del maletín?

Mary sacudió negativamente la cabeza.

-Veámoslo, por favor.

Nos trasladamos a la habitación de la joven y mi amigo examinó el maletín. Obviamente, había sido abierto con una llave.

-Un trabajo sencillísimo -dijo Poirot-. Estos maletines están hechos en serie y sus cerraduras apenas difieren. Bueno, telefoneemos a la policía. Veré también al señor Baker Wood; me cuidaré de este asunto.

Cuando le pregunté por qué temía que fuese un poco tarde, me contestó:

-Mon cher, dije que soy lo contrario de un prestidigitador, y que hago aparecer las cosas... perdidas. Pues bien, imagino que alguien me ha tomado la delantera. ¿Me entiende?

Desapareció en el interior de una cabina telefónica, para salir cinco minutos después con semblante grave.

-Lo que temí -dijo-. Una señora ha visitado al señor Wood con las miniaturas hace media hora. Se presentó como enviada por la señorita Elizabeth Penn. ¡Y él ha pagado en el acto!

-¿Hace media hora? Así fue antes de que llegáramos aquí -comenté.

Poirot se sonrió, enigmático.

-Los coches Speedy son muy veloces, pero un vehículo con motor más potente llegaría a Monkhampton con una hora de ventaja por lo menos.

-¿Y qué hacemos?

-Mi buen Hastings es un hombre práctico. Informaremos a la policía. Trataremos de ayudar a la señorita Durrant y, decididamente, celebraremos una interesantísima entrevista con el señor J. Baker Wood.

La pobre Mary, terriblemente anonadada, temía que su tía la culpase.

-Cosa muy probable -me dijo Poirot mientras nos encaminábamos al hotel Seaside, donde se hospedaba el señor Wood-. Y con toda justicia. ¡A quién se le ocurre abandonar un maletín con efectos valorados en quinientas libras! De todos modos, mon ami, hay uno o dos puntos raros en este asunto. La caja, por ejemplo, ¿por qué la forzaron?

-iHombre! -exclamé-. ¡Para sacar las miniaturas!

-¿Y no le parece una torpeza? Supongamos que el ladrón, con el pretexto de retirar el Suyo, remueve el equipaje del autocar a la hora de comer. ¿No cree más sencillo abrir el maletín, pasar la caja sin abrir al suyo y marcharse sin pérdida de tiempo?

-Tal vez quiso asegurarse de que las miniaturas estaban dentro.

Mi argumento no convenció a Poirot. Poco después nos introducían en la salita del señor Wood.

No sé por qué, me fue desagradable el señor Baker Wood; un hombre recio y vulgar, pese a ir bien vestido y lucir una sortija con un enorme solitario.

Resultó que no había sospechado nada anormal. ¿Por qué iba a sospechar? La mujer le traía las miniaturas, unos ejemplares bellísimos. ¿La numeración de los billetes? Pues no, no lo sabía. Además, ¿quién era el señor Poirot para formularle tantas preguntas?

Mi amigo se limitó a decirle:

-No le preguntaré nada más, señor. Sin embargo, le agradeceré me haga una descripción de la mujer. ¿Era joven y bonita?

-No, desde luego que no. Era alta, de mediana edad, pelo gris, tez pecosa e incipiente bigotillo -nos explicó-. Como pueden imaginar, no se trata de una sirena.

-Poirot -dije mientras salíamos-. Un bigote, ¿lo oyó?

-Gracias, Hastings; no estoy sordo.

-El señor Wood es bastante desagradable -añadí.

-Desde luego, no pertenece al grupo de los simpáticos -repuso él.

-Bien; será fácil coger al ladrón -aseguré-. Podemos identificarlo.

-No sea cándido, Hastings. ¿Acaso ignora lo que es una coartada?

-¿Usted cree que la tendrá?

Poirot replicó muy serio:

-¡Lo espero!

-¡Me fastidia esa manía suya de hacer las cosas aún más difíciles! -exclamé enfadado.

-Está bien, mon ami. Le diré que no me gusta..., ¿cómo se dice eso? ¡Ah, sí! El pájaro que se sienta.

Poirot tuvo razón. Nuestro compañero de viaje, el hombre del traje castaño, resultó ser el señor Norton Kane, que se había alojado en el hotel George. La única evidencia contra él estaba en que la señorita Durrant lo había visto sacar su equipaje del coche.

-Y eso no es un acto sospechoso -dijo Poirot, meditativo.

Después guardó silencio y rehusó discutir el asunto. Pese a ello, supe que había pedido a Joseph Aarons, con quien pasara la velada, que le diera detalles relativos al señor Baker Wood. Ambos hombres se hospedaban en el mismo hotel, y era factible que Aarons supiese algo del coleccionista. Pero si Poirot obtuvo esa información, se la guardó para sí.

Mary Durrant, luego de varias entrevistas con la policía, regresó a Ebermouth en tren a la mañana siguiente. Aquel mediodía comimos con Joseph Aarons, y después Poirot me dijo que había resuelto el problema del agente teatral, y que ya podíamos regresar a Ebermouth.

-Pero no por carretera, mon ami; usaremos el ferrocarril -le dijo.

-¿Teme que le roben la cartera, o no le seduce la idea de encontrarse con otra damisela en apuros?

-Ambas cosas, Hastings, pueden ocurrirme en el tren. Simplemente, no tengo prisa en llegar a Ebermouth. Antes quiero resolver nuestro caso.

-¿Nuestro caso?

-¡Sí, hombre! Mademoiselle me suplicó que la ayudase. Que el asunto esté en manos de la policía no supone que yo me lave las manos. Vine a complacer a un viejo amigo, pero jamás dirá nadie que Hércules Poirot ha desatendido a un desconocido en apuros.

Su gesto daba a entender que no hablaría más.

-Me parece que ya estaba interesado antes del robo -aventuré-. Su interés nació en la agencia de viajes cuando vio por primera vez al joven, si bien ignoro por qué se fijó en él.

-Sí, Hastings. Tiene razón. Pero eso forma parte de mi pequeño secreto.

Poirot sostuvo una corta conversación con el inspector de policía encargado del caso, que había entrevistado a Norton Kane. Según dijo confidencialmente a mi amigo, el joven no le causó una impresión favorable, pues se había exaltado y contradicho.

-Cómo se las arregló es un misterio para mí -confesó-. Quizá dio el maletín a un cómplice que lo trasladaría rápidamente en coche hasta aquí. Claro que eso no deja de ser una simple teoría. Tendremos que hallar el coche y el cómplice y recomponer los hechos.

Poirot asintió.

-¿Cree usted que fue realizado así? -le pregunté, ya sentados en el tren.

-No, amigo mío, no estoy conforme. Su planteamiento fue mucho más inteligente.

-¿No quiere decírmelo?

-Aún no. Ya sabe cuál es mi debilidad: conservar mis pequeños secretos hasta el fin.

-¿Se vislumbra ese fin?

-Está próximo.

Llegamos a Ebermouth poco después de las seis y nos encaminamos en seguida a la tienda de Elizabeth Penn, que estaba cerrada, pero mi amigo pulsó el timbre y la misma Mary abrió la puerta, mostrándose agradablemente sorprendida al vernos.

-Por favor, pasen y conozcan a mi tía.

Nos hizo pasar a una habitación trasera, donde una mujer de avanzada edad nos saludó. Tenía el pelo blanco y parecía una miniatura de piel rosada y ojos azules. Alrededor de sus hombros inclinados lucía una toca de encaje antiguo de gran valor.

-¿Es usted el gran Hércules Poirot? -preguntó suave y encantadoramente-. Mary me ha dicho que usted nos ayudaría.

Poirot la miró un momento y luego dijo:

-Mademoiselle Penn, su aspecto es encantador; si bien debería dejarse crecer un poco el bigote.

La señorita Penn dio un respingo y retrocedió.

-¿Estuvo usted en la tienda ayer? -siguió Poirot.

-Por la mañana. Luego tuve jaqueca y me fui a casa.

-No, mademoiselle. A su dolor de cabeza le iba mejor un cambio de aires. Charlock Bay es ideal para eso, ¿verdad?

Me cogió por un brazo y me llevó hacia la puerta. Se detuvo allí, y habló por encima de su hombro:

-Me ha comprendido, ¿verdad? Esta pequeña frase debe bastar.

Había amenaza en su tono. La señorita Penn, con el rostro espantosamente blanco, asintió. Poirot se volvió a la joven.

-Mademoiselle -dijo suavemente-, es usted joven y encantadora. No obstante, permítame advertirle que estos pequeños asuntos harán que su juventud y encanto se marchiten detrás de las rejas de una prisión. Y yo. Hércules Poirot, pienso que sería una lástima.

Salimos a la calle, sintiéndome aturdido.

-Desde el principio, mon ami, me interesó este caso -dijo Poirot-. Cuando aquel joven pidió billete para Monkhampton, la atención de la muchacha se centró de repente en él. ¿Por qué? No era un tipo capaz de atraer el interés de una mujer. Luego, ya en el autocar, tuve la

sensación de que algo iba a suceder. ¿Quién vio al joven retirar su equipaje? Sólo mademoiselle. Antes había elegido un asiento de cara a la ventana, cosa muy poco femenina.

»Ya le dije que la caja forzada no era convincente. ¿El resultado de todo esto? Que el señor Baker Wood pagase buen dinero por un género robado. La ley le obligaría a devolverlo a la señorita Penn, que venderla luego las miniaturas, obteniendo así mil libras en vez de quinientas.

»Realicé algunas pesquisas y supe que su negocio va mal. Entonces comprendí que tía y sobrina estaban de acuerdo.

-¿Supone eso que nunca sospechó de Norton Kane?

-Mon ami! ¿Con semejante bigote? Un criminal se rasura y luce un bigote postizo. Pero él sería la gran oportunidad de la inteligente señorita Penn, la anciana de tez tostada que hemos visto. Ésta, muy bien erguida, se calza grandes botas, se altera el físico con unas cuantas pecas y añade algunos pelos en guerrilla a su labio superior y, ¿qué sucede? Simplemente que el señor Wood la toma por una mujer hombruna y nosotros por un hombre disfrazado de fémina.

-¿Estuvo ella en Charlock?

-Seguro. El tren, como usted mismo me dijo, sale de aquí a las once y llega a Charlock Bay a las dos. De regreso, incluso es más rápido. Sale de Charlock a las cuatro y cinco y llega aquí a las seis quince.

»Las miniaturas jamás estuvieron en la caja. Ésta fue violentada antes de ser puesta en el maletín. Así, el cometido de mademoiselle Mary consistía en hallar un par de bobos sensibles a sus encantos y campeones de la belleza en apuros. Por desgracia para ella, uno de los bobos era Hércules Poirot.

-Cuando habló de ayudar a un desconocido me engañaba.

-Jamás le engañé, Hastings. Sólo permití que usted mismo se engañase. Yo me refería al señor Baker Wood, un desconocido en estas playas -su cara denotó mal humor-. ¡Ah! ¡Cómo me irrita el recuerdo de la sobretasa! No hay derecho a cobrar la misma tarifa hasta Charlock Bay que por un viaje de ida y vuelta. Esos abusos me inducen a proteger a los turistas. Cierto que el señor Wood no es hombre agradable, pero ¡es un turista! Y nosotros, los extranjeros, tenemos el deber ineludible de ayudarnos mutuamente contra toda clase de desafueros.